

Guadalajara, Jalisco.  
- México.

Junio 17 del 2011.

Como muchos católicos, fui criado en esta religión porque era la religión de mis padres y de mis abuelas. Pero no seguía a Cristo y ni siquiera conocía a fondo sus enseñanzas.

En mi tierna infancia fui arrebatado de mi inocencia y de mi pureza. Caí en la perversión de la pornografía cuando apenas tenía 8 años y quedé atrapado en ella por mucho tiempo. Como consecuencia vinieron, en la adolescencia, muchos vicios más. Alcohol, tabaco, mujeres, orgías, etc. Mis padres insistían mucho en que deberíamos vivir cristianamente y yo cumplía con la misa dominical pero sin los otros sacramentos, cero confesión y cero eucaristía. Así llegué a la vida adulta. Terminé mi carrera de arquitecto y rápido encontré trabajo. Muy pronto ocupé puestos importantes dentro de la empresa que me contrató y por supuesto vino el dinero y con él más vicio y más degeneración.

Conocí a una linda chica, nueve años menor que yo y, me cautivó. Ella, de buena familia y con muy buenos principios. Nos unimos en matrimonio, pero yo seguía como soltero. Seguía tomando, salía con mujeres, parrandas y seguía con la pornografía.

Dios seguía buscándome y yo seguía sin escucharle.  
Mi mujer enfermó de Lupus y en ese momento empecé a abrir, por conveniencia, las puertas de mi corazón a Dios.

Buscaba por todos lados sin encontrar paz. Sentía la necesidad de Dios, pero no lograba despojarme de mi pasado.

Un día mi esposa me dice que iba a haber un congreso por la pureza de costumbres y que estaba dirigido para personas con problemas de abuso de pornografía, entre otras cosas.

Acudí a dicho congreso y ahí tuve el primer contacto con una hija espiritual del padre Andrea. Al escuchar sus palabras llenas del amor de Dios supe que ahí estaba mi lugar. Que ahí encontraría a Dios rápidamente. El sacerdote encargado del congreso me presentó con ella y a partir de ese momento ella me invitó a formar parte de La Armada Blanca. Ahí encontré una nueva familia.

Ahí he conocido mucha gente con grandes valores. Ahí aprendí el valor de la oración. Ahí me motivaron a conocer más y mejor a Jesús y a María. Ahí encontré una vida nueva.

He conocido, en estos ya casi cuatro años, a muchos hijos espirituales del padre Andrea D'Ascanio. No he tenido la dicha de conocerle a él, personalmente.

Pero se, que, el comportamiento de sus hijos es el reflejo de él. Son una imagen viva de él. Y estoy convencido de que este tipo de obras, como la de La Armada Blanca, solo pueden venir de Dios.

Estas encomiendas, la de rescatar a los niños, se las da María Santísima, solo a aquellas almas que aman a Jesús, su hijo; y que Jesús los ama también.

Somos, mi esposa y yo, padres orgullosos de cuatro hijos: Angélica de 14 años, Carlos de 13 años, Miguel Ángel de 10, y el pequeño Giovanni Francisco de 2 años. Todos ellos soldados de María.

Procuramos rezar el rosario en familia aunque sea una vez por semana; yo rezo diario alrededor de 4 rosarios. Vamos a misa al menos 3 o 4 veces por semana y procuramos recibir la Sagrada Eucaristía cada vez que asistimos a misa.

Le agradezco a nuestro Padre del cielo, esta nueva vida. Le agradezco por enviar a nuestras vidas a seres humanos como el padre Andrea. Gracias a su trabajo y sacrificios, gente como yo tenemos la oportunidad de cambiar.

Estoy convencido de que el padre Andrea D'Ascanio es un hombre de Dios, es hijo predilecto de María y hermano queridísimo de Cristo.

Dios los bendiga.

Carlos Aguilera Vázquez.

